

Maximino Brasa Bernardo

Arturo Duperier, el hombre.



0. Introducción

Arturo Duperier, el hombre científico, se ha tratado en el centenario de su nacimiento. El hombre resulta difícil separarlo del científico, pero es mi propósito, en colaboración contigo que lo vas a leer amablemente. Lección en la ciencia de Arturo, y lección en lo humano para todos. Lección en sus raíces donde nace, y donde se desarrolla su personalidad. Lección definitiva en su entorno, como marido, como padre, y en las relaciones humanas profesionales. Frecuentemente son inseparables.

Toda separación es artificiosa, porque los hombres somos una unidad en lo espiritual y en lo físico; otra cosa es que intentemos separarlo; siempre lo haremos de una manera parcial; no es posible separarlo en su totalidad porque una personalidad condiciona la otra.

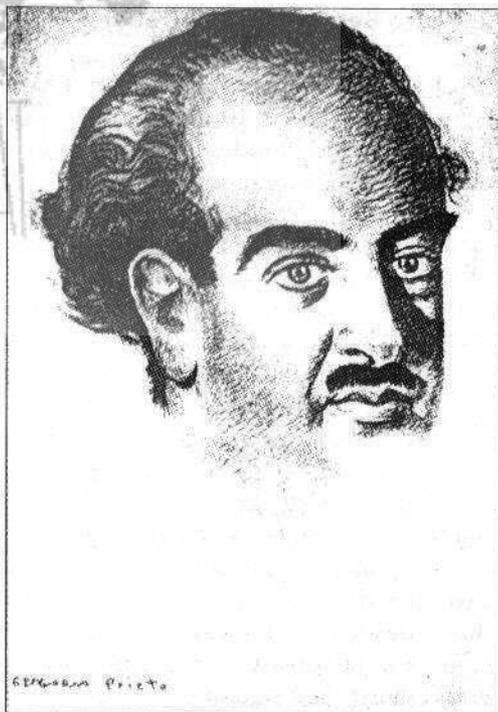
1. Pedro Bernardo

Pedro Bernardo es un pueblo de la provincia de Avila, situado al sur de la misma; una villa levantada en la ladera sur de la impresionante sierra de Gredos, vertiente norte del río Tiétar. Está elevada sobre el mismo, es pueblo de montaña, anclado bajo la sierra del Cabezo, orientada al sol de mediodía.

Está mejor comunicado con las llanuras de Talavera de la Reina que con su legendaria capital de provincia. Para llegar hay que atravesar el puerto de Mija-

res, el valle del Alberche y la sierra de la Paramera, dando vista panorámica a la Capital desde el Santuario de Sonsoles. La distancia es más pequeña a la Ciudad de la cerámica, que a la Capital amurallada. Otros caminos de particular belleza son el que remonta el Puerto Romano del Pico o a través del Puerto de Serranillos.

Pedro Bernardo, desparramado en esa ladera sur de la Cordillera, es como un mirador privilegiado sobre el río Tiétar. Ninguna de las montañas próximas le hace sombra. Recibe los rayos solares desde el nacimiento del sol al ocaso, en todo



su recorrido. Desde los altos y espléndidos pinares hasta la pesca fluvial, Pedro Bernardo ofrece los matices más diversos de paisaje y costumbres. Mirando al norte está Mijares. Rodeándolo y en un pequeño radio, Casavieja, Piedralaves, La Adrada, Sotillo de la Adrada, Santa M^a del Tiétar y La Higuera. A la derecha, los otros pueblos emblemáticos del Valle del Tiétar: Lanzahíta primero, Ramacastañas después con las Cuevas del Águila y compartiendo algunos términos municipales, los del Baranco de las Cinco Villas.

Pedro Bernardo está enclavado en la ladera, como un enrejado de calles. Las principales, más largas, de este a oeste. Las otras, más cortas y pendientes son verticales. Sobre el Pueblo, en lo más boscoso, poblado por grandes pinos. Todos los años se hacía, y aún se hace una "tala" como si fuese un rito. Las fuertes parejas de bueyes arrastraban desde la cima los corpulentos mármoles amarrados con pesadas cadenas.

2. Pedro Bernardo en el trabajo

Arturo Duperier permaneció en Pedro Bernardo hasta los 10 años. Vivía en el mismo caserón donde actualmente está instalado el Ayuntamiento. Sin ser una plaza, aunque llevaba el nombre de plaza, esta era la calle más amplia del Pueblo. Desembocaba, desemboca, un poco más allá, en la Plaza de los Chorros, centro urbano y neurológico de la Villa. Por allí discurría lo más relevante de la vida del Pueblo. El trabajo; los hombres trabajadores del campo iban y venían por este pequeño punto neurológico. El burro era el animal básico para transportar productos de las cosechas y para bajar y subir por esas pendientes los hombres que iban al trabajo; bajar era fácil, subir era difícil desde esos bancales, que traían la base para la subsistencia del pueblo. Lo eran antes, y los siguen siendo ahora en

gran parte, aunque estemos en la época motorizada; subían el trigo, el centeno más que el trigo, castañas, nueces, higos, todo tipo de frutos, que son especialmente sabrosos y abundantes. Duro trabajo arrancar a los bancales el pan de cada día.

Por allí pasaban también las grandes parejas de bueyes, con gruesas cadenas para arrastrar los pinos, el otro pilar de subsistencia de Pedro Bernardo. Eran los corpulentos pinos marcados para cada año, los otros más pequeños continuaban la madurez del bosque. Todos los años, está programada una tala. La enseñanza común era el duro trabajo. La belleza no está reñida con la dureza en el trabajo para la supervivencia.

El niño Arturo Duperier aprendió allí para siempre la capacidad repetida para intentar vencer los retos que después puso la vida a su paso una y otra vez.

Su padre era farmacéutico; había nacido en Mombeltrán. Era la farmacia única en el Valle de las «cinco villas» y naturalmente el hogar era acomodado. La casa no era propiedad suya; pero era el caserón más importante del pueblo. La madre de Arturo, era la Maestra. Escuela, vivienda, farmacia, estaban en el mismo edificio; cuando ha pasado el tiempo, sigue teniendo capacidad para albergar el Ayuntamiento. Ello habla de las dimensiones.

Sus padres no tenían labranza, ni alquilaban sus parejas de bueyes para el arrastre de los árboles. Sin embargo, deducimos por los pocos elementos informativos que llegan a nosotros, que el hijo del Farmacéutico y la Maestra aprendió muy bien la lección del trabajo en un pueblo donde todo era trabajo, y donde Arturo vivió hasta los 10 años.

A medida que ahondamos más en la antropología del hombre del Valle del Tiétar, comprendemos mejor la política del siglo pasado y la de la primera mitad

del actual; pero no nos extendemos en este sentido. En Pedro Bernardo había poca tierra para la subsistencia de los habitantes arraigados allí. Era un pueblo superpoblado en relación con la superficie de cultivo. Las tierras no siempre estaban bien repartidas. Arturo Duperier supo, aún en Pedro Bernardo, la importancia de las luchas políticas. Tenemos documentación de los hombres que se arruinaban para ganar unas elecciones. No parece que está aclarado, no hay documentación, pero según algunas hipótesis, la salida del padre de Arturo, (D. Adolfo Duperier Pérez), de Pedro Bernardo, estuvo ligada a su distinción en el seguimiento al que entonces era líder: Silvela. A la lección de trabajo también se unió, según parece, una posible visión política.

Todavía entonces, formaba parte de una feliz familia de tres hermanos. Él era el pequeño. Purificación la mayor. Augusto el mediano. Arturo era el más estudioso de los tres. Purificación y Augusto murieron tempranamente. Se deduce que no tenían buena salud, si tenemos en cuenta la profesión del padre, el buen entendimiento con muchos y competentes médicos, y la cultura de la madre, maestra. Tenían por lo demás una privilegiada posición social. Sus trajes lo demuestran en las fotografías de esa época; hay que reparar en estos aspectos psicosociales que son indiscutibles; no dejan lugar a dudas, en la formación de este embrión de la personalidad.

Augusto murió cuando llegó a Avila para estudiar el bachiller. Purificación murió en Madrid. Era entonces famoso el Dr. Cardenal, el gran cirujano. Murió en el postoperatorio, según parece, de una intervención quirúrgica donde se dijo que era a "vida o muerte"; no pudo superarlo. El menor de los hermanos Duperier fue así hijo único. Su madre, murió en el año 1.922, y su padre, en el 1.927. Apenas sa-

bemos cosas de estas fases finales de la vida de sus padres. En las fotografías de Arturo se aprecia siempre una gran calma, pero una calma triste. Las circunstancias que le rodearon, desde niño, fueron tristes. Primero por enfermedades de sus hermanos y la muerte posterior de los dos. Hijo único, solo, introvertido, aún cultivando una ciencia de grandísimo valor intelectual en su contenido, pero siempre alejado del humanismo, al menos en el comienzo, humanismo por el que llegan las artes en las diversas formas, como puede ser la poesía, la música, la pintura, la historia, la literatura, etc.; podríamos señalar otros impactos culturales que faltaron en su caso y en sus "circunstancias".

Tampoco conocemos que hubiese en esta edad decisiva, relaciones sentimentales. Así se fueron sumando circunstancias y Arturo Duperier, se hizo un hombre introvertido y solitario. Cuando desde Avila vino a Madrid para ingresar en la Universidad, se integró en un grupo de jóvenes que vivían en circunstancias parecidas. Estos pequeños grupos se llamaban "Repúblicas"; esa vida en grupos similares, la mantuvo en los primeros años como investigador; eran solteros y cada vez mayores. Como anécdota se recuerda que en la comida-homenaje al ganar por oposición la Cátedra, le preguntaron: de donde mandaban aquellas flores que terminaban de llegar, y contestó: "no sé, no tengo a nadie". Ya no había madre, no había padre, carecía de hermanos.

En muchas ocasiones, cuando en el conocimiento de los hombres llegué a este punto, recordé, como recuerdo hoy, algo que tuve que estudiar, para una entrevista de televisión. Como especialista, como oncólogo, estudié varios miles de mujeres. Y tuve que sintetizarlo. Estudié y deduje, las causas fundamentales de la felicidad en parejas, dentro de mis archi-

vos, muy bien seleccionadas por informática, las razones de su felicidad; la mayoría de las veces era en el matrimonio. La mujer llenaba en la vida del hombre, dentro de esa unidad "indivisible", la misión de hermana, madre, amiga, novia, esposa y amante. No importa el orden. Todo ello ejercido por una sola mujer. Todo esto le faltaba en ese momento a nuestro Catedrático incipiente. Llegaría mas tarde.

Conoció a la que sería su esposa Ana María Aymart, 1933. Su hija M^a Eugenia, que vivió con su madre hasta el fallecimiento, gráficamente lo denomina "flechazo". Los dos años que siguieron al gran impacto sentimental, Arturo no publicó trabajos científicos; tenía 38 años. Se casaron en los primeros meses del 1.935, y al final del año nació su primera hija M^a Eugenia.

En este matrimonio que parece tardío se encarna la gran felicidad. Nunca es tarde para empezar lo perfecto. En el matrimonio de A. Duperier se completa un ciclo común a la mayoría de los hombres. El celibato, en un gran porcentaje de hombres, y especialmente cuando los hemos analizado en lo científico robustos y normales en su constitución física, ha conducido a vidas irregulares. Es como una invitación a la irregularidad. Los hombres solteros, normales en su biología, suelen vivir en permanente preocupación sexual. Naturalmente que hay muchas excepciones; aplicamos una regla general.

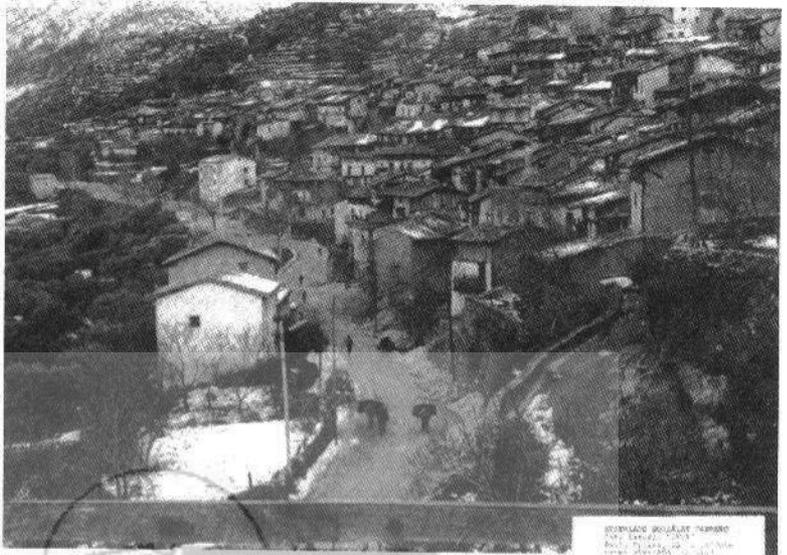
En nuestro caso, por todo lo que hemos podido indagar, el matrimonio fue perfecto. Se completó con el nacimiento de su hija M^a Eugenia a finales de 1.935. Pero no duró la felicidad; M^a Eugenia murió a finales de 1.936. ¿Imagináis el dolor en aquel hombre, en aquel matrimonio excepcional?

M^a Eugenia, que nos recibía los días pasados amabilísimamente llegó mas tar-

de, a la mitad de la Segunda Guerra Mundial. Es su hija única. Resulta enternecedor repasar fotografías de A. Duperier contemplando a su hija. Cuando han pasado los años comprobamos que genéticamente está llena de virtudes paralelas a las de aquel hombre irrepentible que era Arturo: sencilla, sincera, espontánea, disciplinada, austera, justamente modesta, agradecida, fiel, leal, gran esposa, culta, generosa, y una mujer buena entrañable. Así era A. Duperier. Así se proyectó a su mundo como "hombre". Se proyectó así también en el mundo científico. ¿Intuiría A. Duperier que M^a Eugenia, a la que él besó la última vez cuando tenía 16 años, sería como un fiel retrato suyo?

Situamos a A. Duperier en Madrid investigando y enseñando en la Cátedra de Geofísica recién creada para él; sus trabajos empezaban a lograr resonancia internacional. El ambiente era de preguerra civil. Arturo no se distinguió entonces ni después por ideas políticas aunque había recibido las lecciones en Pedro Bernardo. Aquellas lecciones fueron como un tatuaje y a la vez como una vacuna. Arturo, que sepamos nosotros, nunca expresó ninguna idea política. Hemos sabido después que hubo una pequeña conspiración y trampa para asesinar a su padre. En Pedro Bernardo se mantenía una dramática lucha por la tierra; poca tierra para muchos hombres.

La gran ciencia está más allá de la política; Arturo, vivía en otro mundo distinto. En una de las entrevistas de aquellas fechas definía para la divulgación algo de su ciencia cósmica y lo hacía así: "no son rayos. Son partículas físicas de ínfimo tamaño cargadas de sorprendente energía que provienen del cosmos, de las estrellas y bombardean ininterrumpidamente la tierra". Arturo inventó los dispositivos para captar todos estos impactos. Recibía unos treinta mil a la hora.



Los conocimientos que deducimos de la vida de A. Duperier el hombre, son muy numerosos. Sin embargo son más conocidos los científicos; de ambos se han escrito varios tomos de libros muy importantes. Nosotros no tenemos espacio, pero necesitamos reflejar sus raíces del alma que son las raíces del hombre. En la brevedad intentamos que conozcas su vigorosa personalidad. Para ello introduciremos fragmentos diversos de sus cualidades; a veces puede parecer que no tienen una perfecta coordinación. Pero en el propósito están perfectamente coordinados. Las personas que convivieron con él le describen como un hombre robusto, discretamente vestido, algo encurvado, seguramente ligado a las muchas horas sobre las mesas del laboratorio. Silencioso. Parco en los saludos y en la convivencia con amigos y vecinos. Trabajaba siempre; la mayoría del tiempo estaba en la Universidad; el día se prolongaba con la noche; pasaba en el laboratorio noches completas. Sospechamos que eran más favorables para sus experiencias. Eran buen conversador y muy culto. Su modestia le llevaba a conversaciones sencillas ocultando su gran cultu-

ra. No hablaba de temas científicos ni políticos. Eludía los temas culturales de altura; era muy culto, pero su modestia le llevaba al silencio para no crear en el interlocutor complejos de inferioridad. Una de sus grandes características era la delicadeza. Arturo era hombre piadoso. Asistía a misa todos los domingos. Participaba intensamente, silenciosamente, en toda la ceremonia eucarística. Si en la ciudad donde estuviese, por asistencia a cursos o congresos o dando ciclos de conferencias, conocía la iglesia más próxima, y si había congregaciones Carmelitas, esas eran de su preferencia. Sentía verdadera comunión de ideas con Santa Teresa de Jesús, su "paisana" abulense. En las conversaciones familiares y amistosas frecuentemente aludía a los temas religiosos. Sentía gran admiración por el Papa de esa época, Juan XXIII; tenía en proyecto conocerle, en el primer viaje que hiciese a Roma. A. Duperier, viajaba por todo el mundo para divulgar en congresos sus descubrimientos. El Papa, su llaneza y su sencillez, constituían también uno de los más frecuentes de su conversación. A. Duperier era hombre piadoso, rezaba siempre. Lo hacía siempre por la

noche al acostarse; florecían así las enseñanzas devotas, fervorosas de aquella gran "Maestra" de Pedro Bernardo, que fue, su madre. No era frecuente que en aquella época los hombres de ciencia de su altura se expresasen religiosamente. Alexis Carrel, después Premio Nobel mientras residía en Estados Unidos, fue expulsado de Francia aún siendo ateo o agnóstico, por atestiguar que algunos de los milagros en el Santuario de la Virgen de Lourdes, podían ser verdad, y habría que estudiarlos científicamente.

En Pedro Bernardo, donde él nació, la limpieza cósmica es cristalina. No hay sombra posible por ninguna de las montañas próximas. ¿Nació allá el interrogante que llevó a A. Duperier hacia el dominio y creación que hasta su llegada al mundo científico era una incógnita?

El arte y la literatura distinguieron a España en la contribución universal. No ha sido así en la investigación para el conocimiento de la naturaleza. Cajal habla, de los investigadores como "ansiosos de nombradía". Como patriotas que no se resignaban a ocupar segundos puestos en el concierto universal de los descubrimientos. En Arturo, modesto por naturaleza, ya hemos visto que no existía afán de notoriedad. Sí había una lealtad al patriotismo sólido. Cuando desde U.S.A se le propuso dirigir el más prestigioso de los observatorios cósmicos del mundo, en Perú, estuvo en grandes dudas, le escribieron cartas, porque sabía bien lo que le podría convenir a él, pero "no sabía lo que le podía convenir a España". Esta es una referencia indiscutible de su patriotismo. Arturo, en su método, en su disciplina, en su perseverancia fue escultor de su propio cerebro. Fue ortodoxo en su conducta ejemplar. Fue ortodoxo en la disciplina científica. El hombre y el científico son frecuentemente, como hemos repetido, la misma cosa. Discreto y prudente. Jamás se le vio un gesto de petu-

lancia ni presuntuoso, y sabía muy bien que en su especialidad era vanguardia universal. Cuando los científicos ocupan esos lugares privilegiados como el de A. Duperier, los alumnos, el mismo equipo quedan lejos y el "sabio" vive una gran soledad con su problema. Está a mucha distancia del conocimiento de los demás; casi es imposible comprenderle. Arturo sin embargo en la docencia era un gran maestro; dice su hija, M^a Eugenia, que con muy pocas palabras los problemas resultaban transparentes. Pero en su investigación, en su avanzar para la conquista de los secretos cósmicos, se queda solo, aislado; quizá enardecido por el amor a la criatura científica que trata de arrancar a la naturaleza. Arturo abrió grandes brechas en el universo de la energía cósmica. Los aviones que cruzan toda la atmósfera, y en todos los países del mundo, los satélites artificiales, las estaciones espaciales descansan sobre el soporte, la investigación en cientos de disciplinas en las que referencia básica son los hallazgos de A. Duperier. Hasta hoy, quizá el hecho más contundente es la vida de los cosmonautas en el espacio, la vida del hombre en las naves espaciales, laboratorios excepcionales para nuevas experiencias físicas y biológicas.

Allá quedaron los hechos, el avance, las conquistas técnicas cósmicas de A. Duperier. Vivía abstraído. El científico, absorbía totalmente al hombre. Como en toda investigación científica con éxito, después del avance progresivo y constante continúa la renovación técnica de todo lo que hay en esa materia. Arturo era un hombre de acrisolada vocación.

Me contó Severo Ochoa que hace pocos años un organismo internacional reunió en New York todos los Premios Nobeles vivientes. Entre los variados test que les hicieron, preguntaron a cada uno cuáles eran sus "hobys" además de las materias por las que habían sido distin-

guidos con el gran premio. Llegaron a Ochoa y les contestó: "el mío, es la Bioquímica". Insistió el interrogador diciendo: "queremos saber D. Severo cuales son sus hobbies. No el objeto de su investigación que es admirable y nos resulta familiar". Severo Ochoa les contestó de nuevo: "la Bioquímica". Y es que para el profesor Ochoa, la vocación y el hobby, eran la misma cosa: "la Bioquímica". Para Arturo Duperier, la "Energía Cósmica" lo fue todo. La misma vida sentimental solo fue un complemento para avanzar más. Es materia distinta, pero no se interfiere; las dos dimensiones de la vida se complementan, y además se potencian.

La Guerra Civil, su salida para el exilio de Londres, le separaron de su Cátedra, pero no de su vocación. Mientras esperó en Valencia esa salida para Londres, con su equipaje de aparatos científicos, la mayoría inventados y diseñados por él, siguió trabajando y haciendo experiencias en los tejados de la Universidad; no tenía otro laboratorio.

Tenaz, constante, perseverante, con gran paciencia, no perdía un minuto de su lucha en la batalla para lograr más conquistas y descubrimientos del espacio.

En el año 1.938, se traslada a Londres. Allí se materializa el exilio. En la Universidad, donde ya era muy conocido, instaló todo su equipo. Tampoco era un sitio privilegiado, pero un rincón, para él, solo para él. Aquellos pasillos se hacen intrasitables entre cables y pantallas. Sólo en cinco años A. Duperier logra la cima de su prestigio en el mundo. Pero el hombre no varía: sencillo, modesto, tímido, introvertido, silencioso, y hombre integralmente bueno. No bebía apenas; algunas veces tomaba una pequeña cantidad de vino de calidad; pequeñas cantidades de café, y no tomaba nunca licores. La relación del infarto con el alcohol y el tabaco queda en nuestro caso des-

cartada. No bebía y a veces fumaba dos o tres pitillos; tampoco era habitual en él. Los candidatos al infarto de miocardio fuman y beben en exceso, y empiezan pronto a fumar y a beber. Duperier, padeció su primer infarto en 1.951, estando allí en Londres. Le marcó espiritualmente. Le limitó y le marcó también físicamente. No podemos reconstruir a posteriori qué decía su electrocardiograma; sospechamos que los médicos le informaron de la extensión en la afectación de las paredes del corazón. Quizá fue importante y eso condicionó su vida posterior. Los congresos, los viajes, desde entonces tenían limitaciones según las alturas. Fue particularmente importante en Méjico. Es sabido por todos la altura de la ciudad sobre los 4.000 metros. Pero Duperier no pierde un minuto en su trabajo.

El Gobierno inglés le seleccionó para dar la explicación al mundo, de qué era la bomba atómica a las pocas horas de lanzar U.S.A. la primera en Japón, destruyendo y borrando del mapa la ciudad de Hiroshima. Arturo Duperier era en esta materia la máxima autoridad internacional. En el año 1.945 había dado la conferencia inaugural de la Sociedad de Física de Londres. Fue el segundo extranjero en tal privilegio durante casi cuatro décadas de existencia en la sociedad. Pero Duperier, el hombre, seguía siendo el mismo. Permaneció en Londres en el exilio, desde 1.938 a 1.953.

El sabio y el hombre son inseparables en Arturo Duperier. Brilló una luz, la captó el "genio", y la vida, su vida tomó otra orientación. El genio nace, y el genio se hace. En A. Duperier, en su lucha, nosotros percibimos la obra genial hecha con paciencia, con lucha y con constancia. Genéticamente no tenemos parámetros aún para saber cuándo nace un genio. Pero sí para analizar las numerosas cualidades de este hombre genial. Voluntad.

Sentido de la eficacia. Paz espiritual para luchar. Modestia. Paciencia. Fe en lograr lo que busca. Ética impecable en su vida. Moral escrupulosa. Gran cultura. Capacidad para abrir caminos donde la ciencia los ciega. No le queda espacio para el desaliento. Nunca tiene pereza. Desconoce la soberbia. Encarna la humildad. Capacidad para comprobación de todo lo que hay que medir. Constancia. Contrasta lo que hace para afianzarse en el camino. Autocrítica con su obra. Crítica constructiva con la obra de todos los demás. Claridad de conceptos. Capacidad

para enseñar. Ver los problemas transparentes. Capacidad para el esfuerzo. Vida personal equilibrada. Marido. Padre. Maestro. Patriota. Programador disciplinado. Juez para las publicaciones.

Arturo Duperier murió en 1.959. Se repitió su infarto. Durante cinco años su equipo científico permaneció en la aduana. ¿Incomprensión? ¿Celos?

El mejor homenaje para un hombre admirable es imitarle. Antes de morir recibió —en plena salud— un homenaje multitudinario en su pueblo natal, en Pedro Bernardo.



*Conferencia celebrada el siete de abril de 1999,
en el Hogar de Avila en Madrid
Clausura del III Ciclo de la SEVAT*